



▶ 31 Enero, 2015

ANTONIO LUCAS MADRID

En la obra del escultor y pintor Alberto Giacometti (1901-1966) hay una suspensión de cuerpos verticales, un espacio justificado de cabezas, un sentido exacto del vacío. Su primitivismo desembarca en una sofisticación despojada donde el artista desaprende haciendo más complejo su lenguaje. Y así abre senda hasta convertirse en uno de los renovadores de la escultura en Europa, como antes Brancusi, Calder, Julio González, Picasso... Como después Henry Moore y Oteiza.

Hasta llegar a poner en pie su propio lenguaje, el creador suizo de origen

cruce de santuario y laberinto mental, levantó esculturas de hombres extremados, ahondando en el misterio de los otros. Y así se hizo sitio en el arte. De Alberto Giacometti hay más, mucho más, que las icónicas piezas de hombres caminando o mujeres hieráticas. La fundación, que conserva parte de la obra del artista en París, atesora decenas de dibujos inéditos que son la semilla de su trabajo, un puzzle esencial que da cuenta del oficio extraordinario de este artista flaco, convencido de que en la desnudez estaba la potencia arrebata-dora de su aventura. Algunos de esos papeles se muestran por primera vez

reflexión: saber más. Saber más del otro. Descubrirse a sí mismo a través de los demás. Y lo hizo observando con impaciencia y tanteando en los movimientos artísticos de su tiempo, de las vanguardias históricas a su propia vanguardia, con una vocación de explorador a solas que cruzó por el naturalismo, cubismo y surrealismo para desembocar en una estética figurativa intransferible que principia en el ensayo de la mirada.

«La de Giacometti es una mirada de ida y vuelta», explica Lecuyer. «Juega con el enigma de cómo el ojo recibe la escultura y cómo ve él al modelo a retratar. 'Si no tengo mirada, nada me queda', decía». Las piezas de Giacometti van siendo cada vez más frágiles y reducidas, ancladas por contraste en pedestales cúbicos y macizos. Su afán es casi llegar a desaprenderlo todo. Concretar en una línea la complejidad de retratar a un hombre de punta a punta.

Su compañera, Annette, y su hermano, Diego, fueron algunos de los modelos más constantes del artista. Representaba a la mujer estática, con algo de deidad orientada hacia la estatuaría clásica; al hombre, sin embargo, en movimiento. «Cada estatua parece retroceder dentro de una

noche -o venir de ella- tan lejana y espesa que se confunde con la muerte», explica-

ba él mismo al escritor Jean Genet en una entrevista de 1963.

La última pieza de la exposición sintetiza el proceso de despojamiento al que Giacometti sometió su obra. Una pequeña escultura de unos 12 centímetros que representa a una mujer, pero es mucho más: un forcejeo con el vacío, un paso a lo esencial, una liberación de toda forma sin perder la referencia de la línea ni la pulsión humana (aunque llevada a su última posibilidad).

Esta exposición tiene algo de laboratorio, de espeleología por los adentros del proceso creativo de un artista que, más allá de ser el autor de la escultura más cara de la historia (*L'homme qui marche* fue adquirida en subasta por 104 millones de dólares), es uno de los creadores que más lejos llevó en su generación el amago de romper todas las normas, desplazando la belleza en favor del misterio.

ARTE UN CREADOR POR DENTRO

GIACOMETTI EN EL LABORATORIO

La Fundación Canal acoge una exposición sobre el artista suizo en la que reúne un centenar de dibujos (algunos inéditos) y 13 esculturas que abundan en el proceso reflexivo y creativo del artista a través de algunas de sus obsesiones, como la mirada y la representación de la figura humana



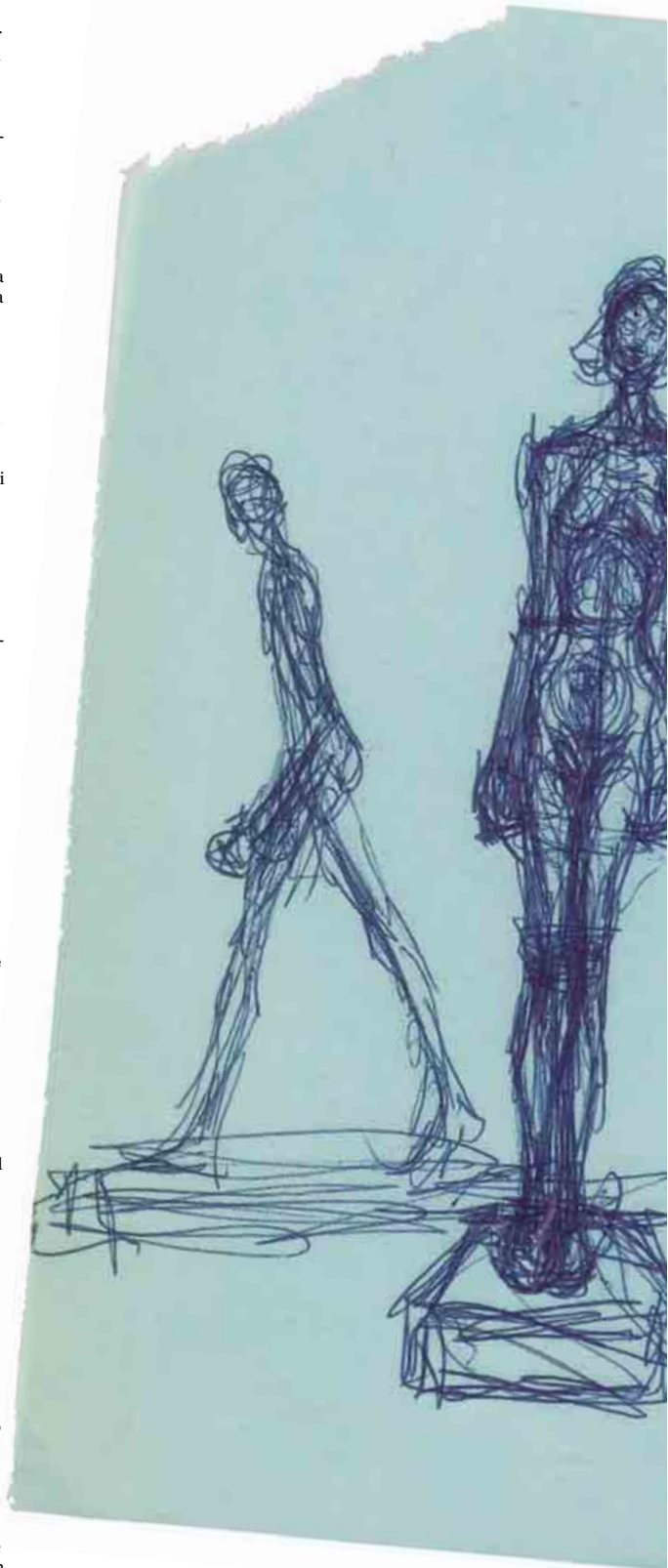
'Tête d'homme', de Giacometti. A. GIACOMETTI
 ESTATE / VEGAP, 2015

italiano necesitó de largo tiempo donde hizo del dibujo su brújula. Su campo de exploración fue el papel. La vocación de su naufragio estaba en el lápiz. «Soy de la opinión de que, se trate de escultura o de pintura, en realidad lo único que cuenta es el dibujo. Hay que agarrarse única y exclusivamente al dibujo. Si se domina un poco el dibujo, todo lo demás será posible». Así decía. Y construyó una galaxia propia en un galpón de 18 metros cuadrados en el número 46 de la rue Hippolyte-Maindron de París, donde hacía frío hasta en verano.

En su pequeño taller, un

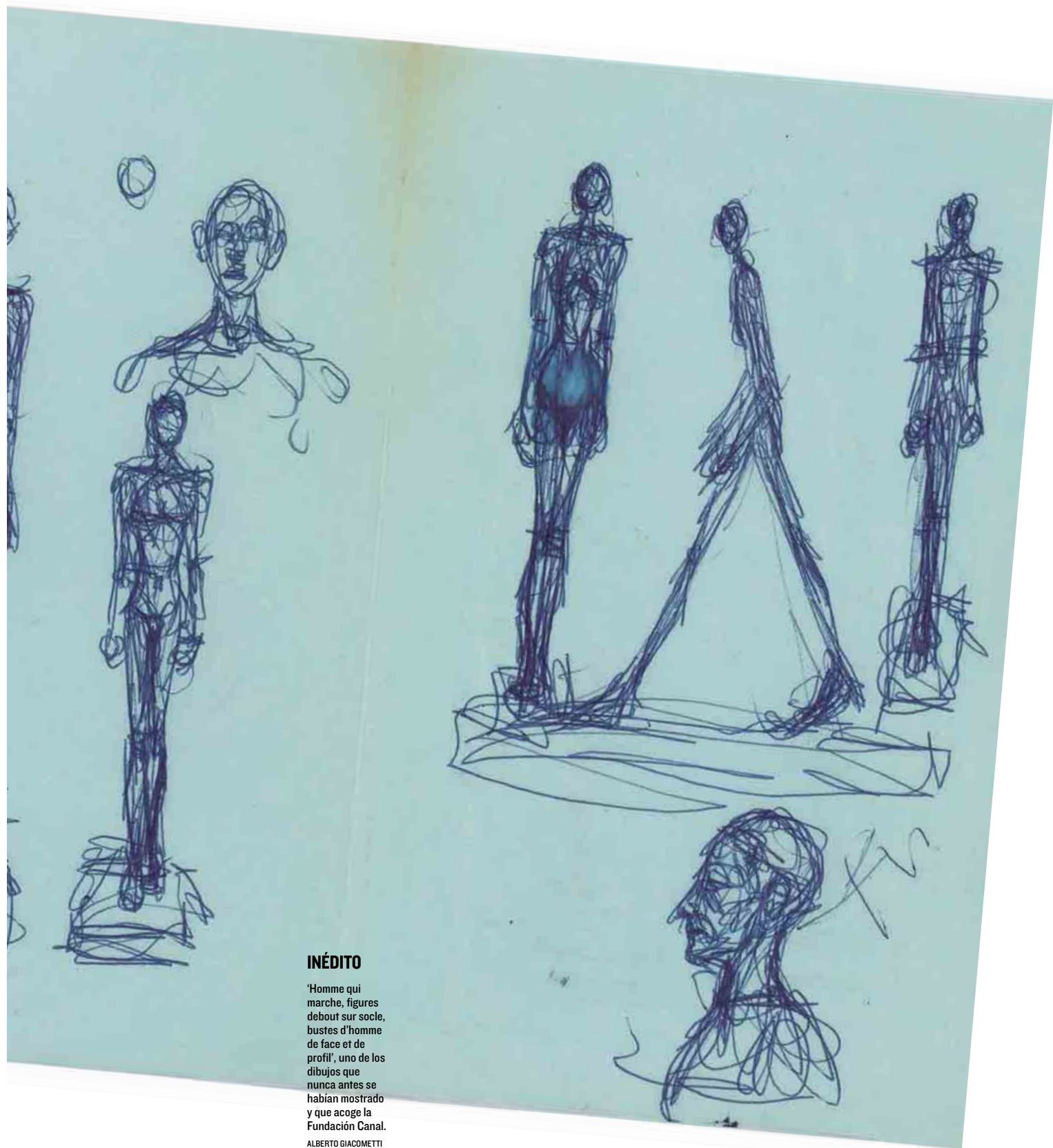
en la exposición que organiza la Fundación Canal de Madrid en línea con la Fundación Giacometti de París: *El hombre que camina*, de la que son comisarias Catherine Grenier y Mathilde Lecuyer, abierta hasta el próximo 3 de mayo.

La muestra reúne 101 dibujos y 13 esculturas. Una artillería fabulosa y distribuida en seis apartados que dan forma a algunas de las obsesiones que acompañaron al escultor: la mirada, la cabeza humana, las figuras, el espacio... «Trabajo para comprender qué es lo que sucede», comentó en 1962. Ése era el resorte de su





▶ 31 Enero, 2015



INÉDITO

'Homme qui marche, figures debout sur socle, bustes d'homme de face et de profil', uno de los dibujos que nunca antes se habían mostrado y que acoge la Fundación Canal.

ALBERTO GIACOMETTI
ESTATE / VEGAP, 2015